

Javier ALBARRÁN IRUELA, *El sueño de al-Quds. Los musulmanes ante la conquista cruzada de Jerusalén (1099-1187)*, Sine qua non. Monografías de Historia Medieval, Madrid, Ediciones La Ergástula, 2017. 238 pp. ISBN: 978-84-16242-34-4

Los caminos del Yihad.

Javier Albarrán Iruela es un joven medievalista español que ha optado por desarrollar sus investigaciones en el campo del arabismo, esa otra mitad de la Edad Media peninsular tan a menudo soslayada por los historiadores hispánicos. Es una línea de trabajo que requiere una gran preparación pues, a la necesaria formación como medievalista, se une el imprescindible conocimiento de la lengua y las fuentes árabes, cuyo estudio sufre un gran retroceso en nuestras universidades en los últimos años. El autor ha publicado varios artículos en esta línea en diversas revistas especializadas en los últimos años, y ahora nos presenta su primer trabajo de investigación extenso que, para nuestra sorpresa, se aleja de los temas peninsulares para ocuparse del Reino de Jerusalén. Esta *opera prima* está dedicada al estudio de la respuesta islámica a la conquista de Jerusalén por los cruzados en 1099, hasta culminar con la reconquista en 1187 de al-Quds (“la –ciudad– santa”), el nombre árabe de esta misma ciudad, por Saladino. Se trata por lo tanto del relato de la contracruzada islámica, del *yihad* o guerra santa tal y como lo interpretaron los turcos selyuquíes, un clan dirigente de un antiguo pueblo nómada que, procedente de las estepas del Asia Central, había constituido un gran imperio que se extendía desde el Iraq, donde mantenía bajo su control al califa abbasí de Bagdad, hasta Siria y Egipto.

Es obvio que la llegada de los cruzados a Tierra Santa a principios del siglo XII respondía a un movimiento expansivo interno del Occidente medieval, independientemente de la importancia que tuviera en su origen la petición de socorro del emperador bizantino Alejo, tras la derrota sufrida frente a los turcos en Manzikert (1071). La irrupción de los cruzados chocó con otro movimiento expansivo, el de los turcos selyuquíes, que trataba de defender por entonces la supremacía religiosa del califato sunní frente a la presencia de grupos chífes de origen persa, o los fatimíes de Egipto, de carácter ismailí. Es muy probable que la creación del reino cruzado de Jerusalén fuera una sorpresa inesperada para los musulmanes que poblaban la región, como descubrimos muchos historiadores occidentales cuando leímos el precioso libro del cristiano libanés Amín Maalouf titulado *Las cruzadas vistas por los árabes*. El libro de Javier Albarrán recoge aquella propuesta interpretativa de contemplar los hechos desde el otro lado, y nos muestra el proceso intelectual y religioso seguido por los sultanes selyuquíes para presentarse como gobernantes justos, defensores de la ortodoxia sunní, y muyahidines –combatientes– del *yihad*, el camino del esfuerzo que todos los musulmanes deben seguir para que la ley sagrada de Alá reine en la tierra. Albarrán, como historiador profesional, añade que la lucha contra los cruzados fue un

conflicto más que se sumaba a los otros enfrentamientos que constantemente mantenían los sunníes con las diferentes sectas islámicas heterodoxas.

El significado simbólico-religioso de la ciudad de Jerusalén era un sentimiento muy potente en las tres grandes religiones monoteístas, como se representa en tres de sus principales monumentos que expresan, de forma material, el vínculo permanente de la humanidad con Dios: el Muro de las Lamentaciones, como testimonio de la antigua gloria del templo de Salomón, para los judíos; el Santo Sepulcro para los cristianos, y la mezquita de al-Aqsa (“la lejana”) para los musulmanes. En el imaginario medieval, la ciudad de Jerusalén, se decía, estaba en el centro del mundo, y era el punto de unión entre la tierra y el cielo. Nuestro autor nos recuerda que la primera *qibla* para las oraciones de los musulmanes estuvo orientada hacia Jerusalén por voluntad del Profeta, hasta que más tarde se cambió por la Meca, tras la Hégira. La santidad de la ciudad entre los musulmanes se vio reforzada con el hadiz de la *isra*, el viaje nocturno del Profeta desde la Meca hasta la lejana mezquita de al-Aqsa, en Jerusalén, donde se encontró con el arcángel Yibril. Guiado por este se elevó atravesando los siete cielos, donde pudo contemplar a los otros grandes hanifas, como Jesucristo y Abraham, hasta que finalmente accedió a la corte celestial presidida por Alá. De regreso de esta experiencia mística se estableció el mandato coránico del *salat*, las cinco oraciones diarias que todo buen musulmán debe cumplir durante todos los días de su vida. Independientemente de todas estas creencias, cuando los cruzados llegaron ante los muros de Jerusalén, la ciudad estaba en manos de los fatimíes, y por eso su petición de auxilio fue desoída en Bagdad, porque el califa y los visires sunníes los consideraban enemigos de la verdadera fe.

Las luchas de los selyuquíes a principios del siglo XII obedecían a una estrategia propia de consolidación en el poder. Para ellos era prioritario acabar con la influencia chií, de origen persa, en las regiones de Iraq y Siria, mientras que la presencia de los estados cruzados era un problema secundario. Los grandes campeones del Yihad fueron Zenki (muerto en 1146) y su hijo Nur al-Din (“la luz de la religión”) (muerto en 1174). El primero conquistó el norte de Siria con Alepo, y el condado cruzado de Edesa, que había pactado una alianza con algunos gobernadores sirios rebeldes. La caída de Edesa provocó la Segunda Cruzada, pero Nur al-Din, el hijo de Zenki, derrotó a los cruzados, impidiéndoles alcanzar ninguno de sus objetivos, y además conquistó la ciudad de Damasco, con lo que completaba el dominio sobre Siria y podía empezar a preparar el avance hacia Egipto. Para debilitar a los fatimíes, los turcos pactaron con una secta radical disidente del chiismo, los ismailíes duodecimanos, que habían tenido cierto poder en Damasco. Respetaron sus santuarios, y les permitieron retirarse a las montañas de Elburz, donde se hicieron fuertes en la mítica fortaleza de Alamut. Desde ese inaccesible nido de águilas organizaron un movimiento de resistencia muy violento, el de los hashashin, los asesinos fumadores de hachís, dirigidas por el Viejo de la montaña, que sorprendentemente evitó atacar directamente a los selyuquíes.

En el marco de estos enfrentamientos religiosos con diferentes sectas islámicas tuvo lugar la reconstrucción de la doctrina del yihad y la presentación de los principales caudillos turcos como muyahidines, combatientes en defensa de la fe y de la ortodoxia sunní. Albarrán describe el proceso intelectual seguido a este respecto. Como es sabido, el yihad no forma parte de los cinco mandatos coránicos fundamentales. Su significado literal es el esfuerzo en defensa de la pureza de la fe, por lo que se dirige preferentemente contra los asociadores, musulmanes herejes, y no contra los politeístas, cristianos y judíos, a los que como gentes del libro se les puede tolerar si se someten y pagan un tributo. El yihad es un mandato espiritual y colectivo para todos los musulmanes –no una obligación individual– de luchar contra los enemigos de la religión, el diablo, o la propia conciencia del creyente. Incluso se distinguía entre yihad menor, que era la lucha corporal contra los enemigos,

del yihad mayor, la lucha interior de carácter espiritual, mucho más importante. Fueron los turcos selyuquíes los que introdujeron el principio político de que la guerra santa contra los infieles solo podía ser convocada por el califa abbasí, y que ellos, como caudillos que encabezaban las tropas, eran los verdaderos y únicos defensores de la fe, los verdaderos muyahidines del yihad.

Los selyuquíes también pactaron con otras minorías rebeldes enfrentadas con los chiíes persas, como la de los kurdos ayyubíes que les prestaron servicios militares en los territorios que conquistaban. La figura más importante de este grupo fue el legendario Saladino –“el que sigue la verdadera fe”– que empezó sus servicios a los turcos como jefe de la policía de Damasco. Después se trasladó a El Cairo para actuar como visir del califa fatimí y mantenerlo bajo su control. Cuando murió el último califa de esta dinastía, Saladino reintegró el territorio de Egipto en la obediencia religiosa sunní del califa abbasí de Bagdad. Igualmente, a la muerte de Nur al-Din, Saladino se convirtió en sucesor de los selyuquíes y se proclamó sultán de Egipto y Siria, dominando sobre un vasto territorio que también se extendía por Iraq y Yemen. Con este inmenso poder territorial, la suerte del reino cruzado de Jerusalén puede decirse que estaba echada.

Cuando murió el rey leproso de Jerusalén, Balduino IV (1185), las divisiones entre los cruzados afloraron. El conde Raimundo de Trípoli representaba a la aristocracia de origen franco que ya había nacido en Tierra Santa, o llevaba mucho tiempo residiendo en aquel país. Por tal motivo, este grupo se mostraba partidario de llegar a acuerdos con los musulmanes para facilitar la convivencia en la región. El grupo contrario lo integraban los cruzados que habían llegado recientemente a Palestina y estaban animados por un espíritu religioso radical, deseosos de exterminar a los infieles. Guido de Lusignan formaba parte de este sector, y fue elegido rey de Jerusalén en contra de los deseos del conde de Trípoli. Su ejército estaba encabezado por la reliquia de la Vera Cruz, y en el mismo se encontraban personajes tan controvertidos como el sanguinario Reinaldo de Chatillón y una multitud de caballeros templarios y hospitalarios, dispuestos a luchar vehementemente para probar su fe. Saladino se enfrentó a ellos en la batalla de los Cuernos de Hattín, a mitad de camino entre Damasco y Jerusalén, el año 1187, obteniendo una victoria decisiva. La reliquia de la Vera Cruz que portaban los cruzados cayó en manos de Saladino, y fue enviada a Bagdad, donde se perdió su rastro. Esta pérdida fue, sin duda, una premonición del futuro fracaso total de las cruzadas. El rey Guido cayó prisionero, y tuvo que pagar un importante rescate para recuperar su libertad; pero Reinaldo y la mayor parte de los caballeros de las órdenes militares fueron ejecutados. Poco después Saladino entró victorioso en la ciudad de Jerusalén, que nunca más volvería a estar dominada por los cristianos.

El sultán Saladino fue siempre un mercenario kurdo cuya fama legendaria se debió a la importancia de sus victorias militares y, sobre todo, al hecho de haber podido realizar *el sueño de al-Quds*, la recuperación para los musulmanes de la ciudad santa de Jerusalén y la expulsión de los infieles cristianos politeístas. Puede resultar sorprendente para un occidental esta visión de la mayor tragedia sufrida por la cristiandad en Tierra Santa. El lugar más sagrado del islam en la ciudad es, como ya hemos indicado, la mezquita de al-Aqsa. Cualquier europeo que visite este lugar en la actualidad puede contemplar la existencia de símbolos cruzados en sus muros. La razón es que los templarios ocuparon esta mezquita durante un tiempo, adaptándola a sus necesidades, sin respetar el valor sagrado que había tenido en el pasado para los musulmanes. No es difícil comprender que la reconquista de Saladino haya sido entendida desde entonces por millones de musulmanes como una restitución de la voluntad de Alá y de su profeta Mahoma. Como hombre de armas, Saladino nunca destacó por su cultura ni por su piedad religiosa. Su fama alude a su generosidad caballeresca y especialmente a su valor y fortuna en el combate. Fue su imagen de caudillo

guiando a sus tropas a la victoria lo que le convirtió en campeón de los combatientes del yihad y defensor de la verdadera fe, como indica su nombre.

El libro de Javier Albarrán es una buena invitación a repensar la fragilidad de los fundamentos religiosos de un conflicto cuyas consecuencias, a través de los siglos, llegan hasta el presente. El autor tiene la habilidad de hacer fácilmente comprensibles unos conceptos sumamente complejos del islam, y mostrarnos una síntesis de las fuentes islámicas más importantes que los sustentan, generadas en el siglo XII y difícilmente accesibles para el lector no especializado. La lectura de este libro es muy recomendable para los jóvenes historiadores interesados en conocer la otra historia de las cruzadas, y también para todas aquellas personas que quieran reflexionar sobre los antecedentes de un conflicto y conocer el significado teológico y emocional del mandato del yihad, que se ha convertido en nuestros días en bandera de los combatientes de Daesh, deseosos de encontrar a su nuevo Saladino.

Francisco RUIZ GÓMEZ
Universidad de Castilla-La Mancha
Francisco.Ruiz@uclm.es